

ALICIA LAKATOS



UN ESPÍRITU EN MI SOFÁ

narrativa



# PARTE I

Hubo una época de mi vida en que me llegué a preguntar: «¿Seré yo la muerte?».

Pero la muerte... ¿es mala? Seguro que todo el mundo piensa que sí.

¿Y por qué es mala? Porque es el final al que estamos temiendo desde que nacemos. Es la separación definitiva de todo aquello que nos arraiga a la tierra.

La muerte nos da miedo, entre otras cosas, por el dolor físico que la acompaña; pero no es cierto. El dolor, el sufrimiento, va antes que la muerte. La muerte no duele. El verdadero dolor de la muerte es la terrible sensación de soledad. ¿Por qué nos da pánico que muera alguien a quien queremos? Porque nos va a dejar solos; sin su compañía, sin su voz, sin su presencia. Porque no podemos concebir, sin volvernos locos, que nunca más podremos tocarlo, abrazarlo, besarlo... Curiosamente, cuando ese ser querido está vivo, muchas veces, tampoco lo hacemos.

Si nos aseguraran: «Cuando mueras, nadie va a sufrir. Tu madre seguirá cocinando ese arroz caldoso que tanto os gusta; tu hermana seguirá haciendo el loco buscando el amor; tu padre seguirá planeando de un año a otro las «temidas» vacaciones familiares; tus amigos seguirán divirtiéndose; tu novia seguirá volcada en su profesión, por la que tanto ha luchado; tu perro seguirá tan tranquilo, y dará saltos de alegría cuando tu tía, que se lo ha quedado porque le encantan los animales, lo saque a pasear»... Si nos aseguraran

que el mundo iba a seguir exactamente igual que el día anterior, sin la más mínima alteración emocional, posiblemente la figura de la muerte perdería su maléfico poder. Lo que nos destroza es pensar en el padecimiento que generaremos a los que amamos, cuando ya no estemos.

La vida es un curioso interruptor: Click, naces: ¡La luz se hizo! Clack, mueres: ¡La luz se apagó! Click. Clack. Así de sencillo.

Y yo, ¿qué papel juego? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?... ¿Por qué yo sí?

Todo empezó aquella mañana de domingo. Si fuera un escritor, adornaría más este hecho diciendo que era una clara y fría mañana de febrero, en donde los tímidos rayos de sol rasgaban las altas nubes, abriendo el cielo cual telón de un gran teatro, para mostrar toda su magnificencia y belleza. Que el aire era puro, y que la visión de los pajarillos, volando de árbol en árbol, emitiendo sus alegres trinos, llenaba el alma de optimismo. Pero no soy más que un joven, cuyo único contacto con la literatura es a través de los cientos de expedientes que tengo que rellenar; clasificar y guardar, cada día, en el Juzgado de Familia de Barcelona, ciudad donde nací hace treinta y dos años.

Sí, soy funcionario. Esa profesión deseada y odiada a partes iguales, según qué momento económico esté atravesando el país. Yo creo que es, junto con la de político (si se puede llamar profesión a la política), de las más cuestionadas y criticadas. ¡Qué se le va a hacer!

Pues bien, aquel domingo de febrero, después de hacer un poco el remolón en la cama, salí a correr con mi perro, *Robín*, por el parque Pegaso, que está a cinco minutos de mi casa. Ese es uno de mis mejores momentos del día, y más en festivo. No había casi nadie. Cuando regresé, me di una buena ducha, y desayuné tranquilamente sentado en el comedor, mientras leía en la *tablet* las noticias.

Tendría que haber hecho algo de la casa: fregar la cocina, o barrer la terraza, o cambiar las sábanas. Pero como para las cosas que no nos apetece hacer siempre encontramos una

disculpa, me justifiqué a mí mismo: «Hoy no puedo entretenerme porque tengo que ir a comprar unas flores, y llevárselas a la madre de Nerea al hospital». Y claro, ante tanto compromiso, las labores «propias del hogar» quedaron relegadas para otro día. Son las ventajas de vivir solo; que no hay que dar explicaciones a nadie de por qué no queda ni un plato limpio en el armario. ¡Ya los limpiaré!...

¡Qué caras están las flores! Hacía muchísimo tiempo que no entraba en una floristería. La dependienta me preguntó que cuáles quería. Pues, ¡yo que sé! Solo quiero un ramo para una señora mayor que está en un hospital. ¿Pero un ramo con rosas o gladiolos, o con flores silvestres, como las margaritas? Me dio apuro decirle que el más barato, y me decidí por el de las flores silvestres. El nombre de «gladiolo» lo asocié a algo que me iba a disparar el presupuesto.

La verdad es que me hizo un ramo muy bonito; nada aparatoso. En un pispás cogió unas cuantas flores, cortó unas varas largas de una planta, y con un papel de celofán amarillo, y unas cintas de color anaranjadas, confeccionó un ramillete que me arrancó una sonrisa de satisfacción. Si no me hubiera parecido un poco ridículo, le hubiera hecho una foto.

No me gustan los hospitales. En cuanto pongo los pies en uno, me entra una especie de extraño mareo. Por suerte, o por desgracia, el sentido que tengo más desarrollado es el del olfato, y esa mezcla de olores a desinfectantes, comidas y humanidad me revuelve el estómago. Creo que puedo percibir hasta el olor a miedo, que tanto pasea por los lugares donde hay enfermos.

Por fortuna, la madre de Nerea solo se había roto la cadera. No quiero decir que eso no tuviera importancia, pero no era nada grave.

Nerea me dijo que estaba en la habitación 223. Me mandó un *whatsapp* por la noche, por si quería que quedáramos antes, y fuéramos juntos. Yo no tenía muy claro si iría por la mañana, o por la tarde, así que le contesté que no se preocupara; que ya llegaría.

Nerea es... ¿cómo definirla? Qué difícil es a veces encontrar la palabra adecuada para asociar a un sentimiento. Es mi amiga. Yo creo que eso lo define todo. Una persona con la que soy yo; sin caretas, sin disimulos, sin artificios. Una persona con la que si tengo ganas de reír, río; y si estoy de mala hostia, y no quiero hablar, respeta mi silencio. Y si estoy eufórico, se emociona conmigo; y si caigo, ahí está su mano para ayudarme a que no me vaya más abajo, o a recogerme del suelo, si ya me he estrellado.

Es una mujer maravillosa, que merecería tener muchísima más suerte en la vida de la que tiene. Yo siempre le digo, ante su aparente escándalo: «Tendrías que ser más puta y más mala. Siendo tan buena solo consigues que te tomen el pelo». Y ella, mientras me mira a través de sus pequeñas gafas, me responde también siempre lo mismo: «Tendría que volver a nacer».

¿Toda esa gente espera el ascensor? Si me agobia un hospital, en domingo mucho más. Los visitantes aumentan; el trasiego de personas que van de un sitio a otro hace que el hall parezca la Terminal 1 del aeropuerto.

Iba a subir por la escalera cuando se abrió el ascensor, saliendo de él una auténtica marabunta (me recordó al famoso camarote de los hermanos Marx). Fue entonces cuando un señor, clavadito,

clavadito a Alfred Hitchcock, que supongo que me había visto resoplar al ver la cola formada, me dijo:

—¡Eh, chico!, que cabes.

No me quedó más remedio, para no hacerle un feo, que meterme dentro de un larguísimo receptáculo, lleno de personas que me miraban como diciendo: «¿Subes o qué?»

Cuántas estúpidas conversaciones se pueden originar, en los segundos que van de una apertura a otra de las puertas.

—Aquí cabemos todos —comentó una señora mientras miraba mi ramito de flores silvestres, y esgrimía una leve sonrisa, a la vez que se agarraba bien el bolso; no sé si para que nadie se lo robara, o para que cupiera alguien más.

—Es que con lo que tardan en bajar... —remató otra detrás de mí, con un tono de claro agotamiento.

—Y eso, si no se estropean —opinó alguien desde más al fondo.

—El jueves... ¡No! El miércoles, se quedó parado entre dos pisos, lo menos tres horas —explicó, con un entusiasmo digno del que se cree protagonista por unos instantes, una voz que salió de no sé dónde.

—¿Qué me dice? —preguntaron varias voces al unísono.

—¡Qué horror! ¡Vaya susto! Y... ¿fue este ascensor?

No pude enterarme bien porque las puertas se abrieron, a mí me empujaron, y alguien informó: «Segunda planta». ¡La mía!

No; no me gustan los hospitales. Sé que puede parecer ridículo. Soy un hombre de treinta y dos años, hecho y derecho. Independiente; no le tengo miedo a casi nada; me gustan las aventuras y los riesgos. No me lo pienso dos veces si tengo que tirarme en un paracaídas, o marcharme a la otra punta del mundo para fotografiar una espectacular puesta de sol (una de mis grandes pasiones es la fotografía). Me he enfrentado a situaciones límite, y jamás he perdido el control de mí mismo. Sin embargo, en un hospital me siento



tan indefenso, tan insignificante, tan vulnerable, que noto que mis defensas bajan, y me dejan a merced de las batas blancas que, cual palomas sevillanas, revolotean por todas partes. Quizás sí que tengo una leve sombra de poeta...

Tuve que respirar hondo varias veces antes de comenzar la búsqueda de la habitación: 229-242 / 215-228... Pues... para la derecha.

Pasé por delante de la zona de enfermeras. No había ninguna. Sin saber por qué, aquella planta me dio muy malas vibraciones. Los pasillos estaban vacíos, y había demasiado silencio. De la habitación 219 salió una chica, que cerró con extremo cuidado la puerta. Nuestras miradas se encontraron un instante, y pude notar, en sus enrojecidos ojos, una infinita tristeza y desolación. Me dio la espalda, mientras sacaba un móvil del bolsillo de su pantalón.

Volví a respirar hondo. Habitación 220, 221, 222... 223.

De repente, me quedé bloqueado. ¿Cómo se llamaba la madre de Nerea? ¡Por Dios! Si había hablado con ella cientos de veces. ¿Nerea, igual que la hija? ¡No! Intenté concentrarme, visualizándola. Acor-dándome de sus rasgos, seguro que me saldría el nombre. Pensé en la última vez que nos habíamos visto. Fue en la boda de Eric, el hermano de Nerea, o sea de su hijo. Ella era la madrina, y estaba guapísima y elegantísima. Es una mujer con porte: alta y recia. Como su hija, es de piel muy blanca, y el pelo rojizo les da una personalidad muy especial.

Pero, ¿cómo demonios se llamaba? «Es igual; ya me acordaré».

Di tres ligeros golpes en la puerta con los nudillos, y la abrí comenzando a esbozar la mejor de mis sonrisas. Nunca me imaginé encontrarme con aquel escenario.

La habitación permanecía casi en penumbra. La persiana estaba bajada del todo, y la única claridad provenía de las luces de emergencia, situadas encima de la cama.

No había nadie. ¿Dónde estaba Nerea, o su padre, o Eric, o alguien?

El silencio era casi doloroso; roto tan solo por el mecánico sonido de una máquina colocada al lado de la cama, y por la agitada respiración de la persona que estaba dentro de ella.

Retrocedí un par de pasos, y volví a mirar el número de la habitación: efectivamente, era la 223. Cuando estaba a punto de comprobar el *whatsapp* que me había enviado Nerea por la noche, una voz débil y extraña me llamó.

—¿Eres tú? ¿Eres tú? Pasa, pasa. ¡Por favor!

Por unos segundos dudé, pero creyendo que quizás la oscuridad y la soledad se debían a que querían que Elisa... ¡Elisa! ¡Eso era! Que Elisa descansara, entré en la habitación.

—Hola, Elisa, soy Óscar, el amigo de Nerea. ¿Cómo se encuentra?

A medida que me iba acercando a ella, el corazón comenzó a latirme más fuerte. Aquella persona, que tan solo ocupaba la mitad de la cama, no podía ser Elisa. Quizá la escasa iluminación me estaba confundiendo. Levanté un poco la persiana, y volviéndome con recelo comprobé que, como sospechaba, Nerea se había equivocado el ponerme el número de la habitación.

La mujer que me miraba con los ojos medio entornados, e intentaba quitarse la pequeña máscara de oxígeno que le ocupaba casi toda la cara, debía tener cerca de noventa años, aunque su corpulencia aparentaba la de una niña de diez.

La mano donde llevaba el mitón que le protegía la vía, y que descansaba encima de la cama, comenzó a moverse nerviosamente.

—Ven, siéntate.

La voz sonaba distorsionada a través de la máscara. Viendo que volvía a hacer esfuerzos por quitársela, dejé el ramo a los pies de la cama, y le cogí la mano para que desistiera.